

Nuevo arte de pensar (1)

Por Mario Parajón



Jean Guilton hablaba con las porteras, los profesores, el presidente del gobierno, el Papa, sus compañeros de la academia y también los astrólogos. Tenía un amigo dedicado a este oficio, un tal Monsieur Guerrier que le hizo el horóscopo llegando a la conclusión de que era un Leo, pero manso, pronto a desaparecer gracias al signo de Virgo. También figura Sagitario actuando con sus flechas en la constelación que le corresponde, lo cual alegraba al filósofo incitándolo a pensar que amaba la profesión del arquero y que también le había tocado en la vida el papel de San Sebastián. Si se repasan estos datos con un mínimo de astucia se infiere de ellos que Guilton tenía de sí mismo la imagen de un hombre medido --equilibrio entre el fuego de la melena y el reposo de la Virgen--; pero que la suya no era la mocura clásica francesa del buen burgués que no se extralimita por instinto de conservación, sino la del que tensa su arco y a la vez lo distiende hallando en este juego el principio de su sabiduría.

En efecto: había nacido en Saint-Etienne, calle de la Bourse, número 22 y en agosto de 1901. Andando los años y residiendo en París le gustaba evocar la condición minera de su ciudad natal, "laboriosa y enfebrecida" según el filósofo. Lector a todas horas de la Biblia, encontró en El Cantar de los Cantares una expresión que por cierto encantaba igualmente a San Juan de la Cruz y se la aplicó a Saint-Etienne: Negra soy, pero hermosa. Extraña belleza que Guilton compara a la de una ciudad de pioneros en América o a la de un champignon de montaña. Un sello de algo que no revela condición primitiva, sino más bien arcaica, pero de un arcaísmo rebosante de cotidianidad, sin amaneramiento ni color local. Otro rasgo de sabiduría según Guilton: la prisa que debe tenerse en la vida acompasada por el detenimiento en cada punto de la tarea diaria. Prisa, pero sin precipitación.

Nace un domingo a eso de las tres de la tarde cuando los devotos rezan las Vísperas. En Saint-Etienne se confeccionan cintas, tan de moda a principios de siglo para la orla del sombrero, los pliegues del vestido, los bordes de la blusa y otros cien lugares que adivina la delicadeza; y en Saint-Etienne se desciende a diario a la mina en las "entrañas de la tierra" para arrancarle el carbón, "ese sol acumulado en el vegetal". Esa alternancia de lo necesario y lo superfluo se le grabará desde sus primeros años a título de problema que hemos de resolver y en el cual nos va la vida: distinguir lo esencial de lo accidental y por ese camino llegar a lo temporal y a lo eterno. La cinta y la mina son los símbolos; y de cierta manera el padre y la madre los encarnan.

El padre es el portador de la cinta: un hombre bondadoso, suave de trato, inteligente, culti-

vado y con gran afición al teatro. Era un espíritu abierto, descendiente de la Francia medieval en la que tanto se amaba el "metier"; y también de la otra Francia, la ilustrada, la benévola, la respetuosa de todas las ideas capaz de asumir cuanta perspectiva debe enriquecer nuestra visión de las cosas. Guilton meditó mucho en ese atributo del espíritu que es la apertura enriquecedora y tuvo con motivo de él la ocasión de practicar su "tensión distendida". El hombre que todo lo quiere conocer, que por principio todo lo acepta, que no renuncia a nada y en última instancia no se compromete, se instala en el palco del espectador y contempla el existir a una cierta distancia, ¿no es el diletante que en última instancia ve pasar el vacío entre sus dedos? ¿Cómo arreglárselas para no ser tampoco el que se cierra a la perspectiva del otro y se niega al diálogo? Por de pronto, hay que plantearse el dilema, hay que vivir la incomodidad del balanceo entre la apertura que trae consigo la señal del universo y la cerrazón en que se manifiesta lo íntegro del ser estable y permanente.

La madre representa la realidad de la mina. Guilton nos ha dejado sobre esa mujer extraordinarias páginas memorables. Era laboriosa como los mineros y los artesanos. Lo primero que le enseñó al hijo fue la entrega al trabajo incesante. No detenerse. Terminar una actividad y ya estar al comienzo de otra. Descansar también a sus horas; y por cierto entregándose a un reposo absoluto para volver de nuevo a la faena disponiendo de nueva energía. Este Nuevo arte de pensar y los otros dos libros que pertenecen a su misma familia (El trabajo intelectual y Aprender a vivir y a pensar) no son otra cosa que un conjunto de experiencias que se transmiten a los trabajadores que laboran con el espíritu y que quieren verlo caer como semilla en la tierra buena. Guilton trabajaba a todas horas. Andaba siempre provisto de un cuaderno ni grande ni chico que lo acompañaba tanto de día como de noche y que "montaba guardia" cerca de su lecho aguardando por las cien veces en que nuestro filósofo se levantaba para escribir algo. Bernard Billaud, uno de sus discípulos más cercanos, me contaba que pasó una noche con el maestro en Roma durmiendo en la misma habitación. Bernard le preguntó varias veces: --¿Duermes, maestro? A la segunda o la tercera vez Guilton le contestó: No. Estoy clavado al pensamiento. --No podía detenerlo.

"Hay que desconfiar de lo que agrada", decía Alain. La madre de Guilton estaba un poco de acuerdo con este otro pensador. Había vivido la tragedia de la Comuna en 1870. Un familiar cercano fue condenado a muerte siendo seminarista. Fue prisionero, logró li-

Si se repasan estos datos con un mínimo de astucia se infiere de ellos que Guilton tenía de sí mismo la imagen de un hombre medido --equilibrio entre el fuego de la melena y el reposo de la Virgen--; pero que la suya no era la mocura clásica francesa del buen burgués que no se extralimita por instinto de conservación, sino la del que tensa su arco y a la vez lo distiende hallando en este juego el principio de su sabiduría

berarse, estuvo a punto de que lo mataran varias veces y durante una buena temporada vivió de escondite en escondite. Cuando Guilton nace en 1901 están lejanos estos tiempos; pero la familia ha aprendido la lección y no se engaña: en el hogar del recién aparecido en el mundo se respira una dulzura muy de aquel momento; pero como no se olvida la tragedia anterior, se le inculca al niño el sentido de la fragilidad de las cosas, como no puede uno dar nada por seguro y de qué manera la sonrisa de una existencia serena en que se goza de paz en la casa y de alegría en los minutos que transcurren, puede trocarse en catástrofe al sólo movimiento de uno de los hilos en que la fatalidad se entretiene con la suerte de los hombres.

Guilton describe a su madre como a una mujer alta, dulce y severa al mismo tiempo, que nunca fue a la escuela ni a la universidad, pero que se hallaba en posesión de una sabiduría asombrosa. A Guilton le gustaba observarla escuchando el silencio de los campos, silenciosa ella también y de gran piedad. Leía mucho y le encantaba alternar la vida del espíritu con el trabajo manual. Nuestro pensador señala qué deuda contrajo con ella: le enseñó a no separar la vida de la inteligencia de la vida del alma y el resultado fue que el hijo eligiera "no el absurdo ni la nada, sino el misterio".

Ese misterio, que no era otro que el de Dios, el de Jesucristo y el de la Iglesia, atravesaba en la Francia de principios del siglo veinte y uno de sus momentos más duros.

Apartado 17
28370 Chinchón, Madrid